

Graciela D'Lucca de Bialet

CORDURA DE MAR

*Tal vez la tarde
en su ocaso de
disturbios
vuelva nuevamente a
repararnos la esperanza;
y sólo tal vez,
por insistencia de vida,
recobre en nosotros
su cordura de mar.*

Los fantasmas enlutados del atardecer licuaban los últimos cristales de sol.

Manuel estaba sentado en la escalinata de una vieja catedral budista mirando el infinito oleaje del mar. Mar amado. Mar odiado. Mar repetado. Mar marrón, pescadino, flagrante de sirenas orientales, oleado de esperanzas cosmopolitas que lo había arrastrado por las curvas más osadas del mundo. Hasta allí. El fin del mundo. A ese sucio mar de gran puerto asiático que le imponía millas de distancia a su tierra natal y a sus afectos. El mar... azul, negro, furia, sal... el mar de las traiciones... el de la solitaria vida elegida.

Lo miraba de frente. Lo escudriñaba, lo enceguecía. Su cabeza estallaba melancolías pariendo maldiciones de nostalgia y soledades. Finalmente todo se puso gris. Quedó fijado a la milenaria escalera. El *stress* y los sentimientos lo arrinconaron entre los peldaños de su pasado.

Él se resistía. Trataba de desgranar el horizonte marino aspirando a borbotones su salado límite cuando de pronto, la música neptuna del agua cantó su pendular telón de olvidos y las sirenas de la memoria lo arrastraron a la deriva. Como un naufrago arribó exhausto a la playa de su vieja escuela

secundaria, allá lejos, en su natal y mediterráneo pueblo de llanuras gauchescas.

Se vio envuelto por el sabroso aroma a pan criollo y café recién hervido proveniente de la sala de profesores. Manuel se hallaba, repentinamente, en su aula de quinto año, destilando, otra vez, olor a mocasines y hormonas. Sus treinta compañeros de bachillerato hacían gala de lozana rebeldía desoyendo el timbre de regreso a clase, como veinticinco años atrás. Finalmente, a las cansadas, entraron al aula. Manuel los siguió.

La Colo se apoyó contra su espalda, como siempre, untándose capas de rimel en las pestañas mientras hacía planes para ir a bailar el sábado. Adelante suyo, parada en el raquítico pasillo que separaba las hileras de pupitres, la Pochi calibraba su minifalda levantando aún más el dobléz de la cintura de la pollera gris del uniforme del colegio. Juanjo se desajustaba la corbata azul y se echaba para atrás el flequillo. La Argüello acomodaba sus útiles buscando un poco de orden. Arturo y Alejandro discutían sobre rock.

Manuel contemplaba el intercambio de susurros, gestos y poses; miraba todo desde su pasantía de sorpresas, como un cupido adolescente pintado al ritual del enamoramiento.

En ese momento, el profesor de Química abrió la puerta y avanzó en medio de una tormenta de gritos y carcajadas, portando su graciosa maleta de registros y exámenes.

A Manuel le divirtió el recuerdo y se dejó llevar por el oleaje hacia la marea de su historia.

Casi por compasión, los alumnos comenzaron a ubicarse en algún asiento y callarse. El profesor se paró al frente de la clase. Recién entonces Manuel alcanzó a ver a Lucía, su primer amor, y se sintió irremediablemente vivo.

Allí estaba ella de nuevo, intentando volver a su lado con esa sonrisa agitada que espantaba misterios, con su cara de paloma buscando algún horizonte de laureles. Le dio tranquilidad hallarla al alcance de sus secretos. Sintió alivio de que estuviera para rescatarlo de un naufragio de tristezas. Revivió al confirmar que aún existía.

Aterrado de presente, Manuel se acarició la barba para verificar si todavía estaba en el lugar de sus cuarenta y pico.

Lucía seguía ahí, inmutable, instalando su juventud erguida e irreverente. Casi sin mirarlo, lo arrojó al fondo del pupitre de un codazo, y se sentó a su lado como si nada; sin darse cuenta que a él le habían pasado por encima veinticinco vagones de vida extrañándola.

La tomó del brazo para ver si volver a empezar era posible. Ella giró su luna y lo miró adolescentemente. Él esperó que gritara al no reconocerlo. Lucía sólo le guiñó un ojo y revolvió los rulos ceñidos en una trenza, sacudiendo la cabeza en un rutinario gesto de cariño.

Manuel, aturdido de pasiones, se incorporó sobresaltado y trepó de un

solo tranco al peldaño superior de la escalera de la catedral budista. El mar asechaba.

El profesor de Química, ante semejante escándalo de sillas y mesas arrastradas, le preguntó amenazante, qué podía aportar al tema de los cloruros ya que interrumpía la lección de ese ruidoso modo.

Manuel miraba perplejo entre las traslúcidas paredes del destino. Lucía, entonces, le cuchicheó unas fórmulas que él repitió como sonámbulo.

— Bueno, siéntese y deje ya de molestar — gruñó el profesor con sus pocas ganas de dar clases.

Entre las risotadas de los estudiantes, Lucía lo zamarreó del brazo hasta obligarlo a sentarse otra vez.

Manuel volvió a tocarse la barba y completó el recorrido de su tacto por la incipiente calvicie. Buscó en sus bolsillos la billetera y sus infinitas tarjetas de crédito. Todo estaba en su lugar.

— ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? — le preguntó su amiga de la adolescencia sin soltarle el brazo — Falta poco para el recreo — quería consolarlo.

Él le tomó la mano y le preguntó qué hacía ahí, tan lejos de su casa y de sus recuerdos, tan próxima a su mar prestado.

Lucía lo calló con un gesto de silencio, volvió la mirada al pizarrón y comenzó a copiar las fórmulas que el profesor escribía, mientras murmuraba:

— Hoy estás más loco que de costumbre.

Manuel se quedó mirándola. La recorría desde la cara hasta la lapicera donde parecía concentrar todo su impulso, como si lo que estaba ocurriendo fuese lo más común del mundo. El veinticinco soledades después, con cuarto de siglo salpicándole un olvido de amor. El corazón se escapaba de su jaula, inundándole los ojos resecos, desamparados.

El mar avanzaba ferozmente blanqueándole de sal los botines. Pronto sonaría la sirena anunciando el cierre del muelle, otra nueva partida, otra vez zarpar... ¡Debía salir de ahí!

Manuel se incorporó bruscamente para huir de aquel naufragio sin salida.

— ¡Y ahora qué! — le gritó entre dientes Lucía, arrancándole la pretina de los pantalones grises del uniforme, para retenerlo sentado.

Sonó la sirena.

La abrazó casi con demencia, quería traerla y ahogarla en su sal. Ella se dejaba apretar haciendo ademanes suaves para separarlo y preguntarle qué sucedía, a qué tema, sólo estaba sonando el timbre del recreo.

Los alumnos cabalgaban sobre los muebles del aula buscando la luz y la vida del patio escolar, el profesor recogía sus números y también huía.

— Estoy anclado entre mi destino y tu sonrisa. ¿No ves que araña tu sombra para no hundirme? — susurró Manuel amarrado a su trenza — Me ahogo de vos y ya no flotan estrellas.

— ¡Ufa!... ¡Vas a volver a empezar con eso de nuevo! ¡Todos los días lo mismo! ¿Hasta cuándo? Voy creer de veras que estás loco — su juvenil bagaje de ilusiones lo rescataban nuevamente en un suspiro.

— “Estamos enhebrados con la primera puntada”, me dijiste la última vez, ¿te acordás, Manuel? — le reprochaba ella, acariciándole la nuca gastada de recuerdos:

— No importa cómo, dónde, ni cuándo, nos va a coser a la red del destino o en la de la melancolía — le aseguraba mientras lo arrastraba al kiosco a tomar una coca.

Entonces Manuel, enmadejando nuevamente las distancias, se fue a su recreo de cuarto de siglo. Las sirenas volverían otro día a desgarrarle el presente de pasados. Trepó con urgencia los escalones de la catedral budista para ganar el regreso, a medida que el mar deshilachaba a picotazos sus ribetes de pájaro.